

LA PRIMERA BORRASCA

Un acontecimiento grave, la primera borrasca en su vida de maestro, vino pocos días después á separarle de aquellos pensamientos. Una tarde recibió Emilio carta de su protector Goli; decíale éste que el Municipio de Piazzena había anunciado un concurso y le aconsejaba que remitiese inmediatamente su solicitud y sus títulos, pues consideraba casi seguro el éxito feliz, porque él le había recomendado á la Junta; el sueldo era de ochocientas pesetas y la población muy conveniente por todos conceptos, y además Goli tenía en ella un conocido, un señor Pirotta, presidente de una Cofradía, hombre de mucha autoridad y de buen corazón que sería para Emilio un amigo. En la mañana del día siguiente remitió el maestro sus papeles por el correo, y después se encaminó á la escuela llevando consigo un albañil, provisto de clavos y martillo para que mudase de sitio la tabla pitagórica y dos carteles que estaban á muy mala luz. Dando los últimos martillazos estaba el albañil, y acabando de colocarse en sus sitios los muchachos, cuando se presentó en la escuela el superintendente.

En el primer momento, Emilio apenas si pudo reconocerle. Tenía uno de esos rostros cómicos á los cuales una emoción triste descompone completamente, como un ataque de nervios. En aquella ocasión el despecho, acumulándose silenciosamente, durante mucho tiempo, dentro de aquel enorme cráneo de campesino orgulloso y testarudo, habíase desbordado de una vez,

al rumor de los martillazos, como agua hirviendo de una caldera.

Levantóse el maestro, é hizo seña á sus alumnos para que también se pusieran en pie; el albañil cesó en su tarea.

—¿Qué hacen aquí?—preguntó el superintendente.

El maestro, molestado por el mal modo del superior, contestó en seguida:

—Nada malo; he dispuesto que cambien de sitio los carteles, que no estaban bien colocados.

El superintendente entornó los ojos.

Después dijo:

—Usted no puede tomarse la libertad de hacer eso.

—Me parecía una cosa tan sencilla...—respondió el maestro.

—Usted—repitió con más aspereza el señor Toppo, —no puede, sin el permiso de la autoridad, cambiar de sitio ni siquiera un clavo.

Al joven se le encendió la sangre; era evidente que Toppo deseaba humillarle; y como á veces acontece que en los momentos de mayor emoción surgen de pronto recuerdos de cosas muy lejanas, cruzó por la imaginación de Emilio, como un relámpago, el pensamiento del ex granadero Lérica puesto en lugar suyo, montando en cólera y arrojando al superintendente á pescozones. Este recuerdo enardeció su resentimiento.

—Estoy seguro—contestó muy secamente,—de no haber merecido advertencias.. hechas en este tono.

Toppo adelantó un paso, entornó de nuevo los ojos, y gritó:

—¿Así se habla al superintendente?

Comprendió Emilio que no podía contestar á eso sin producir un escándalo, ni ceder de pronto sin desautorizarse ante sus alumnos... Ocurrióle súbitamente una idea. Sacó con priesa del bolsillo la carta de su protector, y dijo muy resuelto, mostrándosela:

—Es inútil que usted se moleste... Yo no soy maestro en Garasco. Vea usted.

Esta salida nada significaba, ya porque, en realidad, maestro en Garasco lo era todavía, ya porque se sabía previamente que no había de serlo más de un año; pero como muy á menudo sucede en las dis-

putas apasionadas, aquella contestación inesperada, y no del todo clara, dicha en el tono propio de quien sabe que con ella pone acabamiento á la contienda, la terminó del todo. La idea súbita de su impotencia paró perjudicar á su adversario y de la inutilidad de iniciar una guerra contra él, cerró de un golpe la boca del superintendente. Pero indignado aún, no sabiendo de qué modo salir decorosamente, lo procuró pronunciando tres palabras que tampoco significaban nada, pero que salvaban la retirada.

—Vendrá el inspector—dijo; y salió precipitadamente.

El maestro, de pie, un poco pálido, revolió en su cabeza aquellas palabras: «Vendrá el inspector»; y convencido de que envolvían una amenaza hueca, porque el inspector debía venir para todos y él estaba muy seguro de su proceder, dió principio á la lección. Pero aquella grosera provocación le dejó turbado para toda la mañana y pensativo durante todo el día, como si fuese el presagio de otras muchas contrariedades que le esperaban; los primeros copos de una nevada que habría de cubrir después la calle.

OTRO ENEMIGO

No tardó mucho el joven en tener noticia de otro enemigo. Una mañana, á la hora de estar en la escuela, fué á verle una vendedora ambulante, con rostro amarillo de santurrona, á quejarse, en sentido lengüaje, de que su hijo no se conducía bien en la iglesia, y que en casa, por la cosa más insignificante, juraba como un endemoniado. Y terminó dirigiendo al maestro una mirada expresiva:

—¿Entiende usted, señor maestro? ¡Sentiría yo que ese niño saliera de aquí sin religión!

El maestro, que sintió la estocada, se enojó y despidió á la mujer diciéndole que él no podía tolerar que nadie viniese á enseñarle su deber, y que, en lo concerniente á la religión, se dirigiese al teniente cura, con quien los alumnos se confesaban. Pero acompañándola hasta la puerta, vió al otro lado de la calle á la criada del cura que esperaba á la otra descaradamente.

—Ella es quien la ha enviado—pensó, y recordó entonces las bromas del secretario acerca de las aspiraciones de Perpetua á desempeñar la inspección, y agregó en seguida:

—Y diga usted á quien la ha enviado que, en lugar de mezclarse en las cosas de la escuela, se dedique á fregar los platos.

Después se apoderó de su ánimo otra sospecha más alarmante: la de que semejante mujer se hubiese propuesto indisponerle con los padres de sus alumnos, y para cerciorarse, y curioso también de conocer los mo-

vimientos ofensivos que pudiera temer un maestro de la «base de operaciones» de la cocina parroquial, recurrió también en esta ocasión á la maestra Strinati, calculando que no debería de estar muy bien quista con ella la confidente antigua del asesor. La maestra, con cuatro tijeretazos de los suyos, le talló una silueta del personaje que desvaneció entre risas las inquietudes de Emilio. Aquella anciana, aspirante á canonesa, era un tipo; encontraría más de un ejemplar en el curso de su existencia de maestro. Tenía, de años atrás, la pretensión de gobernar desde cierta altura las cosas de la instrucción pública, estimulada en esas ambiciones por el ejemplo de una prima suya, criada también del párroco del Municipio próximo de Montegiallo, la cual había ejercido durante algún tiempo una dictadura escolástica indirecta. Afortunadamente el cura de Garasco, anciano muy sensato y muy amante de la paz, no se prestaba á las miras de su criada: ella estaba instigándole inútilmente, hacía ya dos años, para que, entre otras cosas, obligase á los maestros á acompañar á sus alumnos y á vigilarlos en las funciones de iglesia. Esto no obstante, la criada hacía lo poco que le era posible. Pasando por delante de las escuelas, con su cesta de la compra al brazo, á las horas de entrada y á las de salida, se detenía y observaba el aspecto de los alumnos, dándose aires de inspectora, y cuando había algún desorden, iba á contárselo á Toppo. Detenía por el campo á los escolares descamisados, y si no llevaban medalla ó reliquia al cuello, les decía:

—¿Van así, como perros, los discípulos del maestro Fulano?

Ahora estaba irritadísima con Emilio porque no la saludaba en la calle, siendo así que el maestro anterior se quitaba para ella el sombrero; esto de no saludarla habíala ofendido mortalmente. Además, era en ella idea fija la de que, á más del señor Leri, también el otro maestro fuese sacerdote; un curita joven, de su gusto; no le agradaban los curas laicos. Contra Emilio Ratti andaba diciendo horrores en las tertulias de comadres: «que habían enviado de maestro á Garasco un muchacho sin fe, que no se descubría la cabeza al pasar

por delante de las iglesias y dejaba blasfemar á los chicos; que también les aconsejaba que no llevasen al cuello imágenes santas; que sus frecuentes viajes á la ciudad eran un verdadero escándalo, porque todos comprendían lo que iba á buscar allí; que si el cura era demasiado bueno y callaba, á los padres correspondía poner el remedio, y que si ningún otro tomaba á pechos la cosa, bastaría ella sola para limpiar la escuela el día menos pensado.»

Poco importaba á Emilio Ratti de todo esto, siendo verdad que muy pronto debía dejar el pueblo; pero se propuso mirar cara á cara á su enemiga la primera vez que tropezase con ella, para ver si la actitud del ama venía á confirmar lo que le habían dicho. La encontró pocos días después en una de las principales calles, con su cesto lleno de verduras al brazo. Observó desde luego, y apenas la hubo visto, á pesar de la niebla, que el ama del párroco apercibía toda su persona para el encuentro. Era seguro que el recadito de los platos se había dado. Ambos iban por el lado mismo de la calle y debían tropezarse sus codos. Venía ella calle abajo con paso resuelto, con la cabeza erguida y la mirada fija hacia adelante, pero sin detenerse en Emilio. Cuando el ama estuvo á cinco pasos distante de él, giró bruscamente hacia la izquierda, y formando ángulo recto con la dirección que traía, cruzó al otro lado de la calle. El maestro se detuvo, y le dijo riendo:

—¡Caramba! ¿Está declarada la guerra?

Volvióse ella, como herida en lo vivo, y respondió con forzada sonrisa, ahogándose de rabia:

—No se burle usted, caballero: he hecho saltar á otros más barbudos que usted.

Y siguió con rapidez su camino.

LA VISITA DEL INSPECTOR

También de este encuentro, como de las amenazas de Toppo, se olvidó pronto Emilio, que continuó explicando con más entusiasmo cada vez. Le impresionó desagradablemente el advertir que cuando comenzaba el buen tiempo, dejaban de asistir á la escuela poco menos de la tercera parte de los alumnos, que iban á las labores del campo; pero de este disgusto le consoló la mayor facilidad que hallaba en instruir y vigilar á un reducido número de discípulos, entre los cuales habían quedado los mejores. Empezaba á palpar de día en día, con verdadero sentimiento, que su bondad y sus proceder carinosos no alcanzaban el fruto que se juzgaba con derecho á obtener. Sus discípulos, amonestados con razones y bondadosamente, cuando esperaban un castigo, parecía que se avergonzaban, y, en verdad, solían ofrecer un aspecto más satisfactorio que ese semblante duro ó asustado que ponen los chicos cuando se les amenaza ó se les golpea; pero, pasado aquel efímero rubor, aquel principio de arrepentimiento, olvidaban muy pronto las buenas palabras, reincidían en sus faltas, y se observaba en éstas una progresión creciente, lenta, pero apreciable, en frecuencia y en gravedad. Conocía el maestro que sus discípulos se le escapaban de las manos, y que, al cabo de poco tiempo, le sería imposible dominarlos.

Esto le daba mucho en qué pensar. Perseveraba, no obstante, en su sistema, entre otras razones, porque le repugnaba cambiar tan pronto de método, apenas comenzado el camino, confesándose burlado en uno de sus más caros deseos; ayudábale á persistir una

vaga y casi intermitente aspiración religiosa, una dulzura que le había quedado en el corazón, de las creencias de su infancia, el recuerdo de la fe de su madre, una especie de fascinación que ejercía sobre él la figura cándida y misteriosa de Cristo, á pesar de todas las dudas que, por decirlo así, había bebido Emilio, como tantos otros, en el aire de su tiempo, en el espíritu de sus estudios, y que algunas noches, apoyada ya su cabeza en la almohada y apagada la luz, le obligaba á repetir mentalmente una oración, sin comprender casi su sentido, con la imaginación perdida en la obscuridad del inmenso misterio.

Pero un día, hacia principios de Mayo, le ocurrió una cosa que dió por resultado un fuerte sacudimiento en sus ideas con respecto á la educación. Hallábase frente á la puerta de la escuela, con el paraguas en la mano, bajo una lluvia persistente, para vigilar la salida de los últimos escolares, cuando oyó detrás de él gritos desesperados de un niño; al volverse vió á un aldeano en mangas de camisa, que con la una mano tenía sujeto por la nuca á uno de sus discípulos, y con la otra le aporreaba furiosamente la cara.

El imperioso instinto que había impulsado siempre á Emilio Ratti, con valor temerario, contra los que golpeaban á los niños, le lanzó contra aquel hombre. Metióse, gritando, entre él y su víctima, recibió algunos golpes, sujetó la mano con que pegaba al niño; pero no conseguía sino enfurecer más á aquel energúmeno.

Era el padre que había descubierto una travesura de su hijo mientras éste se hallaba en la escuela, y había venido á esperarle á la salida para que no se le escapase por el campo.

—¡Me importa poco del maestro!—aullaba, sin dejar de mover las manos;—tengo derecho á castigar á mis hijos; quítese usted de en medio, ¡por vida de!... ó le pego á usted del mismo modo.

Entre tanto los chicos habían formado corro; acudía gente; el maestro consiguió arrancar, en una sacudida violenta, al muchacho, que fué á chocar contra la pared, todo espantado y echando sangre por las narices,

y entonces, dirigiéndose al padre, díjole con acento de súplica:

—Vamos, tranquilícese usted, y no dé un escándalo; mire usted que hay mucha gente.

El aldeano, gruñendo aún, cesó de forcejear, y, libres ya sus brazos, recogió el sombrero y la chaqueta que se le habían caído; después buscó con la mirada al muchacho, que temblaba todavía. El maestro, angustiado aún por el temor de que en casa volviese á empezar, continuó en su tarea de aplacarle, con voz entrecortada:

—Ea, esto se ha concluido. No se pega de ese modo á un niño. El pegar es inútil. Se le hace peor. Ya basta. Debe usted prometerme que no le pegará más. Al fin y al cabo, soy su maestro.

—¡Me ha hecho una picardía!—exclamó el aldeano, alterado aún y amenazando al rapaz con el puño.

—Y usted le ha castigado,—respondió el maestro; —pero quede esto terminado. No le dejo á usted llevarse á su hijo si no me da su palabra... No puedo permitir que maten á golpes á uno de mis mejores discípulos. ¡Qué demonio! Un muchacho de su talento... No lo digo porque usted le perdone, sino porque es así, en conciencia... Por último, si quiere usted saberlo,—agregó en voz baja,—cuento con él aquí para hacer una figura excelente en los exámenes: ahí tiene usted.

El aldeano miró al maestro con aire de recelo; pero se veía que aquella dulzura le había producido algún efecto. Permaneció callado un momento, después, volviéndose hacia el chico, gritóle:

—A casa.

El acento era brusco; pero Emilio comprendió que había ganado el pleito. Acompañó al padre hasta la mitad de la calle, razonando para asegurar la victoria.

Pues bien: cuando Ratti creía que aquel suceso debía dar por resultado inmediato hacer á los muchachos más respetuosos con él y poner en todos sus discípulos mayor deseo de hacerse querer, conduciéndose bien y mostrándosele sumisos, advirtió, por el contrario, con no poca extrañeza, en los días sucesivos,

que sólo había conseguido aumentar la familiaridad, ya excesiva, con que los alumnos le trataban. Veía claramente la simpatía en los ojos de todos, y muy viva en algunos, pero no tal cual el maestro la quería; era una simpatía risueña, de amigos más que de alumnos, y en muchos de ellos casi velada por una ligerísima expresión de burla, como si en el ardor, en el ímpetu juvenil con que había defendido á su compañero, hubiese á los ojos mismos de los discípulos algo de exagerado, que antes revelaba debilidad que fuerza, más sentimiento que razón; como si hubiese perdido algo, en cuanto maestro, en la opinión de sus discípulos. Este descubrimiento le entristeció. ¿Habíase, pues, equivocado de veras al obedecer, hasta ahora, á su índole? ¿Debería cambiar á toda costa de sistema, y convencerse, por último, de la exactitud de lo que tantas veces había oído decir: «que con la bondad no se gobierna ni á los hombres ni á los niños, ni aún se les favorece á ellos mismos en nada, y que, tanto los unos cuanto los otros, sólo respetan á quien temen?»

Batallaba siempre con estas dudas, cuando una mañana se presentó inesperadamente en la escuela el inspector, acompañado por el superintendente y por el alcalde. En aquella presentación imprevista adivinó el maestro una maniobra de Toppo, que esperaba tal vez hallarle desapercibido para las lecciones. Era la primera visita de inspección que recibía; en el primer momento Emilio se turbó... Pero la fisonomía benévola del inspector, un hombre alto, de barba entrecana y metido en una chaqueta grande de tela de Orleans bastante ajada, le tranquilizó. Apenas hubo saludado al maestro, dirigió el inspector una mirada en rededor suyo por todo aquel destartado aposento, el cual, no obstante las franjas de oro que el sol arrojaba sobre las paredes, presentaba un aspecto demasiado triste. Inmediatamente el alcalde principió á exponer su proyecto de reforma del local; derribar aquí, ensanchar allá, renovar esto, cambiar lo otro; pero el maestro notó que el proyecto de aquel día en nada era parecido al indicado por el secretario; era un pro-

yecto completamente nuevo, uno de los ciento que ellos esbozaban en la imaginación en el transcurso del año, sin que ninguno tuviese un principio de realización, ni siquiera en el papel.

Hechas las preguntas acostumbradas, el inspector invitó al maestro á reanudar la lección interrumpida.

Con la voz un poco temblorosa, pero auxiliado por la sobreexcitación intelectual que suele, en casos análogos, sobreponerse á la timidez del que tiene ambición y conciencia del propio valer, el joven prosiguió una lección de nomenclatura que estaba explicando á los mayorcitos, con una pera y un cuchillo en las manos.

—Decía que este tallo tiene un nombre peculiar suyo: «peciolo»; y para que lo recordéis, lo escribo en la pizarra: «peciolo». La pera está unida al ramo del peral por este «peciolo». ¿Qué hace vuestro padre cuando os da á comer una pera? Hace lo que yo hago ahora: toma un cuchillo y la «monda». ¿Lo veis? ¿Cómo llamáis vosotros á esta faja que con mi cuchillo voy separando de la pera? ¿La corteza? ¿La piel? No; la «cáscara». Escribo en la pizarra: «cáscara». Ahora yo «descascaro» la pera. Y vosotros diréis á vuestro padre: «Hazme el favor de «descascarme» la pera»; ó bien: «Déjamela «descascarar». Y ahora que la pera está descascarada, ¿cuál es la parte de ella que se come? Comemos la «pulpa»: escribo, pues, «pulpa». Y de esta parte que hay en medio, ¿qué hacéis? Tirarla; pero es necesario que antes sepamos su nombre. Se llama el «troncho». Lo escribo. Ahora abramos el «troncho». Hay aquí, dentro de unas cajitas, unos granillos negros y oblongos. Ya sabéis lo que son: las «semillas». Sabéis que de estas semillas...

Y prosiguió con precisión y orden, con entonación agradable y con acento que era cada vez más seguro y más claro. El inspector le interrumpió:

—Está bien—dijo,—es el método objetivo bien entendido y bien llevado.

Los alumnos, con esa perspicacia estudiantil á la que no se escapa nada, miraron todos al superintendente, que entornó los ojos.

El inspector hizo que leyesen algunos párvulos, y pareció satisfecho; hizo leer á los mayores, y manifestó notar que el maestro cuidaba con empeño de la pronunciación. Pero sobre todo quedó contentísimo de las respuestas que dieron á varias preguntas hechas por él, comentando un cuentecito moral sobre los deberes para con los padres, el afecto debido á los compañeros y el amor á la escuela y al trabajo. Serían respuestas aprendidas de memoria, pero todas tenían algo de la improvisación personal, una cosa que no podía proceder sino de un maestro habituado á discurrir sobre aquellas cosas con calor, y apto para imprimir en los niños, juntamente con las palabras que lo expresaban, el sentimiento de su hermosura. Y parecía que delante de aquel personaje los muchachos mismos participaban de la emoción del maestro, y sacaban al exterior lo mejor de su alma. El maestro se ruborizó un poco, presintiendo el elogio. El inspector miró con simpatía aquel semblante que reflejaba tan claramente todos los movimientos del espíritu juvenil. Después le dijo:

—Le felicito. Continúe usted por esta senda, dedicándose más especialmente á la educación de los caracteres. Decir, repetir incesantemente cosas buenas y bellas, en la seguridad de que alguna cosa queda siempre en todos; y también de que sólo el conservar después de muchos años un recuerdo confuso de ellas, como el de los sonidos de una lengua que ya no se entiende, es un gran bien. Combatir desde su nacimiento la maldad, la bellaquería, la crueldad, el egoísmo con todas las fuerzas; procurar que sientan los alumnos la altivez de ser leales y generosos. Esto es lo importante. Lo demás nada vale, comparado con esto.

El alcalde dirigió al maestro un gesto de felicitación; el inspector le dijo:

—Hasta luego.

Y ambos salieron, seguidos por el superintendente, que se paró un momento en la puerta para contener con una ojeada las miradas, algo burlonas, de un alumno.

Viendo al maestro contento, los muchachos prorrumpieron de pronto en una gritería espantosa, que llegó

á los oídos del inspector cuando ya estaba en el pasillo: el maestro procuró restablecer la calma. Estaba contento efectivamente. Los elogios del inspector eran la primera recompensa pública recibida por sus fatigas, y le parecía que aquél había leído en lo más profundo del corazón. Apoderóse de Emilio un deseo vivísimo de volver á verlo; de abrirle su alma como á un amigo, hablándole de sus primeros experimentos en la escuela, de sus desengaños, de las dudas graves que le agitaban con respecto al problema de la educación y de la disciplina. ¡Ah! El inspector le había creído tal vez con autoridad para con sus discípulos, seguro de su sistema, satisfecho con sus alumnos. Emilio Ratti experimentaba una necesidad irresistible de decirle la verdad, aún á riesgo de desmerecer en su estimación, y pedirle consejos.

Impaciente, calculó sobre poco más ó menos á qué hora debía de hallarse en la posada después de terminada su inspección, y fué á verlo. Lo encontró solo, que acababa de comer; tenía muchos «procesos verbales de visita» amontonados en la mesa; había rehusado con un pretexto el convite del alcalde. Manifestó alegrarse de volver á ver al maestro, y le hizo sentarse inmediatamente, plegando y guardando en el bolsillo una carta en la que alcanzó á ver el joven, así, de pasada, una serie de periodos menudos, escritos con admirable caligrafía y que le parecieron inscripciones. Eran «pensamientos» de la «maestría»; un homenaje.

Con la encantadora franqueza propia de su edad, dijo el maestro por qué había ido; explicó su amor grande á los niños, su proceder indulgente y cariñoso á que le obligaba su naturaleza; habló de su sentimiento al advertir que los alumnos no le correspondían, que los discípulos se le escapaban de las manos, que le faltaba disciplina.

—Ya lo he notado—respondió el inspector. Miróle el maestro estupefacto.

—Si usted tuviese autoridad,—prosiguió sonriendo el inspector,—no hubieran alborotado los alumnos cuando salí. Esto prueba que la autoridad había salido conmigo.

Calló un instante, mirando siempre á Emilio, y continuó:

—No crea usted que esto es una censura. He adivinado lo que usted viene á decirme en la entonación misma con que usted explicaba á sus discípulos. Era usted, no digo un padre, pero sí un hermano, cuando les hablaba. Ahora oiga usted un consejo mío. Conozco esa adoración que usted tiene por la infancia, y hasta participo de ella; es un tesoro de fuerza para un maestro, y manantial de puras satisfacciones; fué siempre la virtud principal de todos los grandes educadores, y la que ilumina y eleva todas las facultades que concurren á educar ó á instruir. Pero es menester que el maestro la oculte; que el niño la adivine y no la vea. Recuerde usted aquella hermosa máxima de Capponi: «sobre los niños, sólo tiene poder un cariño austero.» Y yo digo más:—Es necesario que el niño se convenza de que debe conquistar ese cariño, y no hará esfuerzo alguno para conquistarlo si ve que se le concede de buenas á primeras. En cada una de las concesiones que se le otorgan, el niño, con el instinto del imperio, imagina y funda un derecho, para conservar el cual se rebela después. ¿Entiende usted mi pensamiento? Tratado con dulzura el niño, no dice jamás: «Me tratan así para hacerme bueno.» El no puede tener este concepto. Piensa, por el contrario: «Me tratan así, porque así debo ser tratado.» Y no lo agradece. «Si el maestro me amenaza con castigarme y no me castiga, dice, es porque no lo merezco; cuando me ruega que haga tal ó cual cosa, en vez de mandármelo, es porque no puede mandarme.» Esto es evidente. Por lo tanto, nada de amenazas, castigo; nada de exhortaciones, mandatos. Y debajo de todo esto el cariño que atenúa, compensa, dulcifica; pero cautamente, en los momentos oportunos, mostrándose, como un rayo de sol, en medio de las nubes. Para los niños, como para los soldados, sirve el aforismo de aquel capitán: «No amenazar nunca, no transigir nunca.» Créame usted; como usted he principiado, y me he visto constreñido á cambiar. Me he duplicado. Existe en mí un «yo» oculto que ama á los niños, que padece con los dolores y con las humillaciones de ellos,

que se deleita con todo lo que en la infancia hay de ingenuidad y de gracia, que los acaricia con el pensamiento y los perdona; y existe otro «yo», que podríamos llamar externo, que se coloca entre los niños y el «yo» primero, diferente de aquél de todo en todo, severo, parco en el elogio, duro algunas veces, y siempre igual. Pruebe usted á conducirse de este modo. Habrá de costarle al principio un esfuerzo grande, y también algunas amarguras; pero mucho menores, éstas y aquél, que los ocasionados, andando el tiempo, por la excesiva bondad mal correspondida, y ofendida en ocasiones. Y cuando usted haya vencido, verá que no solamente no ha perdido ninguna de las satisfacciones íntimas que proporciona el amor á la infancia, sino que gozará otras aún más delicadas, primeramente por estar escondidas, y, sobre todo, porque no se ven turbadas por los malos efectos de la indulgencia. ¿Se ha persuadido usted?

Al decir esto, el inspector se levantó para ir á casa del alcalde.

El maestro le tendió la mano con efusión; el inspector la estrechó entre las suyas, y dirigió á Ratti una mirada que le conmovió como si fuese la de su padre resucitado. También el inspector había sido maestro, y la presencia de un maestro de veinte años, que entraba con entusiasmo por aquel camino humilde y fatigoso, le interesaba como la de un misionero desinteresado y resuelto á todo, que se dispone para embarcarse con rumbo á mundos desconocidos: Díjole, pues, cariñosamente:

—Buena suerte, hijo mío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

DESPUÉS DE LA VISITA

Aquella conversación desvaneció las últimas dudas de Emilio, y resolvió firmemente mudar de sistema; pero en el pueblo adonde hubiese de ir después, porque para Garasco era ya demasiado tarde. Entre tanto, había conseguido un triunfo que, entre otras cosas, le permitía vivir seguro, durante aquellos pocos meses, de las represalias de Toppo.

Las iras de éste se enardecieron, no obstante, pocos días después, con motivo de una correspondencia anónima publicada en el suplemento de «El Pueblo», en la cual, después de decir que «en casi todas las calles de Garasco se habían colocado canalones á lo largo de las paredes de las casas», se preguntaba: «¿Cuándo se decidirá el señor asesor Toppo á cumplir las Ordenanzas municipales?» Como el maestro tenía que pasar por delante de la casa de Toppo para ir al café, y como, además, el articulito estaba adornado con algunas frases peregrinas, Toppo pensó que lo habría escrito Emilio para vengarse. En la mañana del domingo, el maestro vió que venía á su encuentro el enemigo, arrugando entre sus manos el periódico, bufando y mirándole con una cara tal, que temió ser agredido en medio de la calle. Pero la presencia de la muchacha, á la que el tío llevaba á misa, lo salvó; limitóse Toppo á lanzar sobre Emilio una mirada furibunda, en tanto que la sobrina le dirigía una ojeada tímida, que expresaba casi el dolor que le producía haber sido causa de la ruptura, y al propio tiempo una especie de hábito de aquella humillación, que inspiró lástima

al maestro. Después, las sospechas de Toppo tomaron otra dirección, y como á esto se agregase la noticia— que el mismo Emilio propaló, apenas tuvo certeza de ello—de su nombramiento para Piazzena, Toppo cesó, por último, de mirarlo cuando se encontraban. Aquella noticia dió también otro resultado: el de que se mostrasen más amables con Emilio algunas autoridades que se habían mantenido á cierta distancia, como temerosas de que él abusase de la familiaridad, y el mismo señor Leri se le acercó un poco; el señor Leri, cuyo constante huir, como si necesitara recorrer el mundo; cuyo hablar grave y enrevesado; cuya perseverancia en eludir toda conversación acerca de la enseñanza, como si temiese que le robaran los pensamientos, había acabado por atacar el sistema nervioso de Emilio. Una sola vez consiguió éste penetrar en casa del señor Leri, y era ciertamente una casa muy rara, llena toda de flores artificiales, de sauces llorones de papel y cuadritos de esos de á peseta, que representaban salidas y puestas de sol maravillosas de Nápoles y Venecia; así como era también rara su hermana, una viejecilla pequeñísima, con dos ojillos encendidos y una risita llorona; y más rara todavía la criada «ultrasinodab», cuyos cabellos cortados y con la raya á un lado, y cuyos anteojos le daban el aspecto de un notario viejo sin barbas, disfrazado de mujer. Lo único que formaba contraste con todas aquellas rarezas, era la hermosa y grave fisonomía del sacerdote, en la cual se revelaban la costumbre de meditar y el amor á un trabajo intelectual de elevados fines.

OTROS COLEGAS

Aún tuvo Emilio, después de la visita del inspector, una sorpresa agradable; tal fué una carta de su prima, la hija del violinista; decíale ésta que desde principios de año era maestra en Piona, pueblecillo anexo á un Municipio de los Alpes y perteneciente al mismo distrito; le contaba algo de ciertas aventuras novelescas que le habían ocurrido en la Italia meridional, donde había permanecido dos años, y le invitaba á que fuese á verla en su rincón, pasados los exámenes.

El recuerdo de las palabras cariñosas que aquella prima había escrito á la familia cuando acaeció el fallecimiento del padre, y las simpatías que suele inspirar á los jóvenes aquel grado de parentesco, que parece una predestinación para el amor, llevó al espíritu de Emilio vehementes deseos de ir á verla; por mucho entraba también en estos deseos la curiosidad que él, como novicio, tenía de conocer el mundo escolar, y, sobre todo, á sus compañeros. Impulsado por esta curiosidad, buscaba Emilio la ocasión de tratar á todos los profesores que iban de varios pueblos del contorno á cobrar los sueldos en el suyo, y conoció á la mayor parte. Una maestra le impresionó muy particularmente; una especie de soldado de caballería, convertido en profesora, de unos cincuenta años, viuda, con una voz muy gruesa y dos brazos muy largos, que mientras se entretenía en el café bebiendo una gaseosa, contaba amenísimamente las proezas y las desventuras de su Municipio. Dicho Municipio había adjudicado, años atrás, las escuelas á los frailes; esto es, los había asignado una cantidad determinada, con

la que debían proveer á los gastos de locales y á los sueldos de los maestros; pero los frailes, haciéndose maestros ellos mismos, y readquiriendo del Ayuntamiento, por un pedazo de pan, el edificio de su convento suprimido, habían conseguido de ese modo tornar á su propia casa y permanecer en ella, pagados por la Junta, y con la ventaja, por añadidura, de tener en sus manos las escuelas, hasta que, el día en que menos lo esperaban, el Consejo de Estado, anulando lo hecho por el Municipio, lo echó á rodar todo. La maestra retrataba á los frailes uno por uno, y describía la escena que siguió, en la Junta, á la llegada del decreto de anulación con una «vis cómica», que obligaba á las personas de las mesas inmediatas á aproximarse, como si se tratara de escuchar á una artista. También acudía mucha gente para ver á una maestrilla muy graciosa que iba con bastante frecuencia á Garasco, acompañada siempre por una ó dos señoras; una muchachuela roja, rizada, vestida de claro y siempre con ramilletes de flores; una verdadera imagen del risueño Municipio de Pieve, donde, según decían, era el ídolo y la alegría de todos, y tenía una escuelita, una pizca de casa y un jardín, todo pequeño y alegre como ella. Pero lo que más divirtió á Ratti fué el maestro de un pueblecillo de la colina, un hombrecillo quejumbroso, que era á un tiempo mismo maestro y secretario del Ayuntamiento, ó sea dos veces víctima, ó, como él decía, el asno de dos cabezas, sobre el cual venían á caer todas las fatigas y todos los sinsabores, hasta el punto de no dejarle libres ni aún las horas de la noche. Relataba el pobre sus desdichas, dándose palmadas en la frente. No; Dante no habría sabido inventar un martirio como el que daban aquellos dos empleos «contra» una sola persona. Y entre todas estas tribulaciones serias que le abrumaban, había una en extremo cómica: habían construido recientemente en su pueblo un edificio pequeño para escuelas, con cuatro habitaciones para los maestros, él inclusive; pero cuando el plano había sido presentado al alcalde, un animalote sin corazón y sin crianza, éste, observando que los «gabinetes» ocupaban demasiado sitio, los había borrado de su propio

puño, y como le preguntase el ingeniero: «¿Y qué van á hacer los maestros?» había respondido brutalmente: «Que se vayan al campo». Y los «gabinetes» no se habían hecho. «Y yo, decía, á mi edad, en lo más crudo del invierno, ¿comprende usted? tengo que andar por el campo de noche ¡como un raterillo! Dicen que es necesario «realzar el prestigio» de los maestros... Pero yo no pido tanto... Eso es una barbaridad ¡por Dios!» Pero, solía decir para terminar, «el maestro Berardi aún está peor que yo.» Era Berardi el maestro de una aldehuela próxima, impedido de ambas piernas, que andaba por la escuela en un carricochito empujado por un rapazuelo. Los discípulos arrojaban objetos por el suelo para impedirle el paso y hacer que diese tumbos el carricoche.

EL FUROR DE LOS PREMIOS

Entre estas distracciones y su trabajo hallóse Emilio casi impensadamente en vísperas de exámenes. Aunque debía ausentarse del pueblo, había querido preparar bien á sus alumnos para aquella prueba. Pero en Garasco tenía mucha más importancia que los exámenes la distribución de premios, que solía verificarse á principios de Agosto, y á la que el insigne alcalde se dedicaba con gran entusiasmo, haciendo venir gente de muchas leguas á la redonda. En estas ocasiones despreciaba el dinero y ponía en juego su bolsa y su persona como si se tratara de un asunto de honor. Un mes antes se adiestraban los alumnos en cantar á coro, acompañados por el organista, que era, además, revendedor de libros, de papel y de telas. Los maestros y las maestras debían hacer que los alumnos estudiasen de memoria y declamasen poesías, diálogos y plácemes, casi todos de factura municipal, que eran un gran trastorno para ellos y para los estudiantes. Lo peor era que señalando el alcalde, para premios, libros encuadernados, cuadritos, pañuelos y otros objetos bonitos y vistosos, como cuadraba á su carácter, encendíase todos los años en los padres, aun entre los que estaban bien, tal furor por ver premiados á sus hijos, que un mes antes de los exámenes formaban en rededor de los maestros una de importunidades y de solicitudes que no les dejaban descansar, y ya concluidos los exámenes... «væ victis!»: si un maestro premiaba al hijo de un adinerado, le tildaban de vendido; si premiaba al hijo de un pobre, llamábanle republicano y socialista. Si por casualidad correspon-

dían á una familia misma dos premios, uno á un muchacho y otro á una muchacha, hablaban todos de favoritismo y de corrupción, como si fuese imposible que dos niños de una misma familia mereciesen premio. En aquellos días los maestros eran verdaderos mártires. Este les miraba enojado, aquél les negaba el saludo, y por todas partes eran maltratados como si evidentemente hubiesen hecho tráfico ilícito con aquellos cuatro bagatelas. Nuestro principiante tuvo su participación correspondiente. Padres que no se habían dejado ver en todo el año, tuvieron el atrevimiento de convidarle á comer tres días antes de los exámenes. Padres y madres de discípulos á quienes él había escogido para recitar poesías y á quienes estaba ejercitando en la escuela, presentábanse al maestro para decirle que si no les aseguraba un premio, prohibirían á los chicos recitar, «porque, decían, ya que se exponen á hacer un mal papel, y si salen bien embellecen la fiesta y divierten á los señores, muy justo es que tengan su recompensa», como si se tratase de «artistas de cartel». Además, una autoridad recomendaba á uno, otra á otro; todas tenían su protegido. Emilio tuvo además el consuelo de leer amenazas escritas con carbón en las paredes de su casa, y los nombres de candidatillos que á sí mismos se proponían. Hasta hubo madre que fué á suplicarle que diese un premio á su hijo «porque» el pobre había estado un mes entero molestado con un panadizo. Pero Ratti estaba tranquilamente resuelto á proceder con arreglo á su conciencia, aún á riesgo de desencadenar un infierno. Lo único que le sacaba de sus casillas era el advertir lo absolutamente imposible de hacer que atendiese á la razón el que se acercaba á él para proponerle una injusticia ó un desatino.

PROBLEMA SOCIAL

Entre tanto, habían llegado á Garasco y á sus alrededores muchos aficionados al campo, que habían transformado casi por completo el aspecto del pueblo; y cada día llegaban más; una nube de señoras, de niñas, de estudiantes, de hombres de negocios que todas las mañanas partían para Turín y tornaban á Garasco por la tarde; y comenzó la vida de las correrías, de los bailes, de las comidas, vida á la que el alcalde se entregó en cuerpo y alma. Los forasteros buscaban, como suelen hacerlo, temerosos de aburrirse, la compañía de todos; también el maestro Ratti, joven y simpático, fué solicitado.

Era para Emilio un placer nuevo el de hallarse por primera vez en aquella numerosa y distinguida sociedad; y era la primera vez, porque las pocas personas bien acomodadas del pueblo con quienes el maestro tenía algunas relaciones, no le habían parecido nunca verdaderos señores, ya por la vida más que modesta que llevaban, ya por sus modales y por sus costumbres, muy poco distintos de los corrientes en la clase inferior. Nacido en la línea divisoria que existe entre el pueblo bajo y la clase media; impulsado hacia ésta, no solamente por la ambición en él característica, sino también por la tendencia general en la clase trabajadora, en medio de la cual había crecido, y preparado además para conducirse bien por la excelente educación recibida de su madre y por el trato mantenido, como hijo de tipógrafo editor, con gente de ingenio, Emilio se halló perfectamente, desde un

principio, entre aquellas familias de empleados, de abogados, de industriales ricos, que le atrajeron á su círculo. Algo del último pulimento que le faltaba, ciertas delicadezas, más convencionales que otra cosa, de las formas, se las apropiaba fácilmente, pues tenía agudeza de ingenio bastante para observarlas y á los pocos días nadie podía conocer que alguna vez le hubiesen faltado. Lanzóse, pues, en aquella sociedad nueva, á la cual le llevó su deseo instintivo, no precisamente de sobresalir, sino de inspirar simpatías con su conducta, de captarse benevolencia por su carácter, de alcanzar estimación por la inteligencia y la cultura superiores á su cargo. Había en el fondo de todo esto, no tanto la esperanza, cuanto la halagadora idea de la posibilidad de inspirar á cualquier persona superior socialmente á él un sentimiento más que de benevolencia, no con el fin determinado de utilizarla, sino solamente para sentirse dignificado á sus propios ojos y sacar un motivo de buenos presagios para otras fortunas en un terreno completamente distinto.

Pero desde el principio hubo de hallar una experiencia desagradable: la de que su cultura, no escasa para un maestro joven, pero estrictamente escolástica, era moneda que no tenía curso en la sociedad mundana; hallábase Emilio como en tinieblas en medio de aquellas personas que conocían superficialmente toda la literatura europea contemporánea; conocedora, aunque sólo fuese de oídas, de nombre, de libros, de sucesos que el maestro desconocía; habituada á tocar á la ligera, con fingida sabiduría, mil asuntos de los cuales Emilio se hallaba completamente ayuno. Con mucha frecuencia se veía en la necesidad de no abrir su boca, ó en la de oír también exclamaciones de asombro: «¿Cómo? ¿No conoce usted á Fulano? ¿Cómo? ¿Usted no ha leído tal libro?» lanzadas sin intención de molestarle, pero que le molestaban. Hasta la abundancia de voces técnicas que poseía y utilizaba gravemente en la escuela, observó Emilio que le servía de muy poco en aquellas conversaciones variadas y ligeras, en las que se da á los pensamientos la expresión más rápida y se juega al volante con las palabras; Ratti resultaba, á pesar suyo, pesado en las

bromas, en las anécdotas ofensivo; sorprendiase á sí mismo algunas veces desenvolviendo una idea, en vez de indicarla muy de pasada; salían de sus labios frases correctas, acerca de las cuales nada había que decir, pero que él habría celebrado no haber dicho, no bien había oído las palabras dichas, ó visto, en el semblante de otros la impresión que producían. Tales fueron los primeros rozamientos que tuvo, rozamientos muy dolorosos, porque se hallaba en aquel periodo crítico en que nuestro orgullo intelectual, alimentándose más con el pensamiento de lo que esperamos hallar que con la conciencia de lo que somos al presente, tiene aspiraciones vagas é indeterminadas, las cuales, por muy ocultas que permanezcan, siempre se hallan expuestas á mil ofensas y á mil humillaciones.

Pero ¡ah! desengaño más triste ¡y cuanto más triste! fué otro. Al penetrar por primera vez, en su calidad de maestro, en una sociedad elevada y no desprovista de cierta cultura, había creído Emilio que su profesión sería estimada como corresponde á su importancia real y efectiva, y á las muchas y delicadísimas dificultades de todas clases que él había hallado y seguiría hallando diariamente. Quedóse, en consecuencia, casi estupefacto cuando comprendió que el nombre de «maestro» sonaba en los oídos de los más de modo muy diferente del que él se había figurado; que á la idea de su profesión parecía ir unida la de un no sé qué de mezquino, de triste y... hasta de ridículo, como la de los histriones ó poetas improvisadores de las ferias. Siempre que lo presentaban á cualquiera con estas palabras: «He aquí el maestro», advertía el joven cierta especie de curiosidad risueña que le contrariaba. Ciertas miradas de las jóvenes casaderas—que, como sólo piensan en el matrimonio, dejan ver mejor que las señoras, cuando se les presenta un muchacho, la importancia que conceden á su posición social,—decíanle muy claramente que le consideraban, no tal vez inferior, pero sí á muchísima distancia de ellas. Después de observar con una pasajera expresión de simpatía aquel rostro largo y un poco pálido, alumbrado por dos ojos pensativos y dulces cuando sonreían, expresando juntamente dignidad

y atención, parecía como si dijese:—¡Lástima que solamente sea maestro!—Hallaba Emilio muy poco delicadas ciertas maneras familiares, que tenían, sin embargo, algo de atento y cortés en la intención, frases como ésta, que oyó cierto día en una jira campestre: «¡Oh! hagamos un ladito también al maestro.» Humíllabale más que todo el aspecto obsequioso y humilde de cierta maestra de Turin, á la cual una señora hermosota y gruesa, casada con un negociante en caldos, riquísimo, había llevado al campo á fin de que repasasen los niños; Emilio se sentía herido de rechazo siempre que la señora gruesa, sin demostrar conciencia de la grosería de sus actos, decía: «Maestra, téngame usted el chal.—Señorita, vaya usted á buscar el abanico;» exactamente lo mismo que á una criada. En vano procuraba el joven reprocharse á sí mismo por tener la epidermis excesivamente fina; en vano procuraba acusarse de vanidoso recordando que su camarada de la Normal, Labaccio, colocado en su lugar, se habría amoldado sosegadamente á todos y á todo, sin haber sentido ni una sola de aquellas humillaciones, mostrándose así más modesto y más sensato que él; el orgullo ofendido se le sublevaba, á pesar suyo, imperioso, como la voz misma de la conciencia. «Por Dios y por la Virgen: ¿era tan poco un maestro?» Y lleno todavía de ingenuidad, se preguntaba el por qué. Encontraba Emilio una contradicción absurda entre lo que todos hablaban ó escribían sobre la nobleza de la profesión de maestro; sobre la capital importancia de la instrucción primaria; sobre los derechos desconocidos; sobre los santos merecimientos de los maestros para con la sociedad, y el modo de tratarlos que esa misma sociedad tenía á ojos vistas. «¡Cómo!—se decía mentalmente:—nos confían sus hijos; nos dicen: «ennobleced sus corazones, preparad una generación mejor; rehaced el mundo...» Y después: «Hagamos un ladito también al maestro; maestra, vaya usted á buscarme el abanico.» Hay en todo esto mucha injusticia y mucha hipocresía.

Y tornando á casa después de una fiesta ó de un paseo, rumiando alguna de las frases ó pensando en

La novela de un maestro—Tomo I—6

uno de los actos que le habían hecho sentir la humildad de su estado, y por los cuales parecía que hubiesen sido heridas á un mismo tiempo todas sus ambiciones y todas sus esperanzas, como por una descarga de perdigones una bandada de palomas, pensaba Emilio muy detenidamente en aquella contradicción y en aquella injusticia, y descubría, cada vez con mayor claridad, una verdad desconsoladora. Aquellos señores no le despreciaban por su profesión, porque la profesión había sido ensalzada hasta las nubes por todos ellos; ni porque él estuviese menos instruido, pues trataban con respeto grandísimo á muchos de su clase que eran ignorantes sobre toda ponderación; ni porque tuviera modales menos finos, pues en esto se veía Emilio igual á los otros; no podía consistir, por lo tanto, sino en esto: en que tenía un sueldo de setecientas pesetas y estaba en un camino en que muy poco más podía ganar nunca. Es, por consiguiente, deducía Emilio, el orgullo del dinero el que casi involuntariamente se les escapa; y es, por lo tanto, una presunción de superioridad moral que sólo procede de la riqueza, ante la cual les parece que quien está privado de ella debe mantenerse espontáneamente en un sitio inferior, como ante una virtud, ó un privilegio natural ¡qué sé yo! ó un derecho de la sangre. Emilio no había pensado antes que, además de la diferencia de condiciones naturales, hubiese también aquella división grande de sentimientos entre los dinerosos y los desprovistos de dinero, siendo los unos y los otros de la misma clase social, é iguales en todos los demás conceptos. Entonces reconoció, por primera vez, la existencia de esta aristocracia. Y la observaba diariamente en el pueblo con relación á los forasteros, cuyas rentas ó cuyas ganancias profesionales se contaban con un particular respeto; respeto en que para nada entraba la estimación en que fuesen tenidas sus personas. Y se medía la mayor ó menor inclinación del saludo con arreglo á la cantidad de los haberes, sin tener para nada en cuenta la diferencia de prodigalidad que entre unos y otros hubiese. Así sucedía. Aquella sentencia, tantas veces leída y oída, de que «con el dinero no se compra la consideración», era justamente lo contrario

de lo que él veía. Todo aquello ponía amargura en lo más hondo de su alma. ¿Para qué habría él estudiado, si, poco más ó menos, había de permanecer siempre en tan humilde condición? Es cierto que había compensaciones en la propia conciencia; pero en una sociedad así formada, ¿no estaría condenado á vivir siempre del mismo modo? ¿Podría tener nunca más que humillación? Engolfándose en estos pensamientos, se irritó, perdió poco á poco, en las compañías que frecuentaba, aquella serenidad juvenil que le había hecho, á lo que él presumía, tolerable. Principió á manifestar que se percataba de ciertos olvidos, que llevaba á mal ciertas faltas de consideración, aunque fuesen involuntarias. Nació de esa actitud suya, como sucede siempre en casos análogos, que aquellos olvidos se convirtieron en frialdad, y aquellas faltas de consideración involuntarias, en desaires hechos adrede. Entonces su orgullo se exasperó, y no pudiendo dominarse á sí mismo, Emilio se alejó completamente de todo trato. Pero la soledad lo irritó más todavía.

Hasta entonces, Ratti no se había apasionado nunca, ni había tenido un conocimiento suficiente de las cosas en lo que respecta al organismo social; si acerca de esto adquirió alguna idea oyendo ciertos discursos de los operarios de su padre ó á las gentes del campo, ó leyendo casualmente algún periódico, era solamente una idea negativa y confusa; no llegó á comprender nunca, en sus meditaciones sobre ese tema, cómo podía nadie creer y afirmar que la miseria de los más fuese producida por lo superfluo de unos pocos; y cuando alguna vez había llevado su pensamiento á ese campo, deteniase siempre en el antiguo argumento de la división de las riquezas, que nos haría á todos igualmente pobres. Pero ahora variaba de opinión, meditando sobre el mismo problema, no con mayores conocimientos que antes, pero sí con pasión, que le hacía buscar soluciones de todo en todo contrarias á las que había, con cierta vaguedad, obtenido anteriormente. No encontraba en su cabeza, sin embargo, el cómo pudiera levantarse el plano del edificio nuevo y labrarlo después; su irritación habíase aplicado algún tanto, en una idea clara y satisfactoria, como en una

esperanza; odiaba el edificio viejo con encono tanto mayor cuanto más cierto era que podía fijarse en determinadas personas, y alimentar recientes recuerdos de su orgullo herido... Buscando de todas maneras un desahogo, se proponía educar, desde entonces para adelante, en aquellas ideas á sus discípulos; encender en ellos su pasión propia, vengarse al menos con las armas pequeñas que la sociedad ponía en sus manos. Pero en el momento mismo en que buscaba un desahogo con tales propósitos, otros mil pensamientos venían á turbarle. ¿Podría, conduciéndose así, gozar sus íntimas satisfacciones de maestro, las más vivas y las más puras que había gozado y tenía esperanza de gozar en su vida? ¿Podía él hacer aquello sin faltar á los deberes de su cargo? ¿Tendría su conciencia tranquila? ¿Poseería el valor de sostener, cuando el caso llegara, aquellas ideas públicamente, delante del inspector, por ejemplo?

Apoderábase entonces de Emilio una dolorosa incertidumbre, y sentíase descontento con los demás, consigo mismo, con su profesión, con todo. En esta situación de ánimo le sorprendió la fiesta de la distribución de premios, después de la cual estaba decidido á dejar el pueblo.

LA SOLEMNIDAD

Hizo las visitas de despedida para que solamente le quedase dar algunos apretones de mano después de la ceremonia, que se había fijado para las tres, hora en que se levantaba de la mesa el alcalde, que había convidado á comer á gran número de señoras y caballeros. Habían preparado para la función el patio de la Casa de Villa; un extenso cuadrado plantado de acacias á lo largo de tres lados, y rodeado por una tapia baja. El adorno pareció al maestro demasiado teatral. Sobre la puerta de la casa pendía un retrato del Rey, en medio de un trofeo formado por grandes banderas; la fachada aparecía cubierta en todos los pisos por anchos festones tricolores, y entre árbol y árbol se extendían hileras de verduras y flores campestres; una idea del alcalde. Sobre un tablado largo, cubierto con un paño de color de escarlata, delante de la puerta, brillaban los premios; había entre ellos relojes de plata, regalados por los forasteros; relojes de los cuales se hablaba mucho hacía algún tiempo. Para los niños se habían llevado las sillas de hierro y de madera de los jardines del alcalde; los padres permanecían de pie á lo largo de la pared. A la derecha se había levantado una especie de pabellón de verdura y banderas para resguardar del sol á las señoras; las que no pertenecían á esta clase debían sufrirlo.

Cuando el maestro entró con sus discípulos, ya estaba tocando la banda de «La Filarmónica» en un ángulo. El patio estaba de bote en bote, y la pared del cercado aparecía coronada de aldeanos sentados y

con las piernas bamboleando, que formaban una faja negra y semoviente entre el blanco del jabelgado y el azul del cielo. Emilio fué á colocarse de pie, próximo á su clase. Advirtió que faltaba el señor Leri. La criada del cura se había plantado cerca de los discípulos de éste, afectando vigilarlos.

A las tres en punto entraron el alcalde y los consejeros, seguidos de un cortejo de aficionados al campo, todos vestidos de colores alegres y con los semblantes encendidos por las libaciones, que denunciaban corazones muy dispuestos á enternecerse.

Comenzó la función por un coro de las alumnas, que á Emilio le produjo igual efecto que una multitud de gallinas poniendo al mismo tiempo su huevo. Las madres habían vestido á las pobres muchachas todo lo mal posible; parecían las infelices montones de trapos, bruñidas y lustrosas, como si estuviesen fritas. Después, los alumnos cantaron un coro, del cual Emilio solamente comprendió un verso: «dos goces del trabajo»; el organista «concertador» fué felicitado por la autoridad.

En aquel instante debía haber hablado el superintendente Toppo; pero en eso no había que pensar. Como no se levantase el alcalde, ni hiciese la señal para que comenzara la distribución de premios, Ratti se preguntaba con curiosidad: «¿qué se espera?» cuando vió que se levantaba é iba á colocarse en el espacio que había entre la presidencia y los alumnos, la maestra de 1.^a. Acometióle viva inquietud. ¿Qué demonios iba á hacer allí?

¡Ay! Poco tardó en saberlo.

La muchacha, envuelta en un traje de percal de lunares rojos que acortaba mucho su talle, dijo en voz alta, con gran desenvoltura, «La batalla de Maclodio», por Alejandro Manzoni. Emilio sintió una violenta sacudida. ¡La batalla de Maclodio! ¡Qué ideal! ¿A qué viene esto? Es una verdadera ridiculez. ¿Pero cómo se ha permitido esta broma?

Principió el recitado. Aún no había terminado la primera estrofa, y Emilio se había escondido de buena gana debajo de una silla. La voz de la maestra, voz que salía muy esforzada, resultaba de falsete; la

entonación era enfática y monótona; movía los brazos como si nadase; todos sus ademanes tenían un algo de afectado y de pueril, que resultaba más cómico gracias á la expresión tétrica de su semblante desfigurado. El joven se avergonzó por ella. Miró á los concurrentes; muchos parecían estupefactos; mirábase unos á otros; las cabezas se inclinaban, los abanicos cubrían las bocas, en todos los ojos centelleaban las risas. Era un ludibrio. Emilio se sentía ofendido en la dignidad de su profesión, y se mordía los labios con ira. ¡Y aquella terrible poesía no acababa nunca! Cuando hubo terminado, le pareció que había estado en un potro durante una hora. Acompañó hasta su sitio con una muda maldición á la declamadora, que daba gracias con sonrisa de triunfo á los que la felicitaban. El maestro vió entre éstos al secretario, que se excedía en su regocijo con una imprudencia nunca vista, y aún creyó sorprender entre él y ella un cambio de miradas que desmentía aquel «voto hecho». ¡Votos de poetisa!—pensó.

Entonces se adelantó la maestra Strinati, con sus gafas y un papel en la mano. Menos mal, murmuró Emilio respirando; y su puso á escuchar. Era un discurso acerca de la necesidad de instruirse; leyólo despacio y con la mayor serenidad. Esto revelaba, ya que no otra cosa, sensatez y sentido común; todas eran cosas mil veces dichas, pero se comprendía que habían sido pensadas por ella. Había también allí, ó se lo pareció á Emilio, en un resplandor fugitivo que vió detrás de los anteojos, una estocada á la autoridad con motivo de la escuela privada y del mal estado de los locales de las escuelas; terminaba el trabajo con algunos consejos á los padres, consejos sensatos y expuestos con cierto vigor, que produjeron murmullos de aprobación. Las autoridades guardaron silencio; los demás concurrentes aplaudieron.

Terminado el aplauso, la misma señora Strinati fué nombrando á los alumnos premiados, que se presentaron, uno á uno, en el tablado rojo. Este espectáculo es hermoso siempre. La timidez que experimentaban en presencia del alcalde, el embarazo mismo que les producían sus vestidos de los días de fiesta, la ale-

gría, el orgullo, prestaban gracia á todos. Emilio vió pasar, con cierta emoción, á sus seis campesinillos, á quienes en el transcurso de tantos meses había estudiado, instruido, aconsejado, corregido y á los que, después de aquella tarde, no volvería á ver más. Unos en pos de otros, al volver á sus sitios, con sendos premios en las manos, le dirigían una sonrisa, como de inteligencia amistosa, que lisonjeó á Emilio más que mil enhorabuenas, y le hizo pasar por alto la curiosidad brutal de los padres, echándose hacia adelante para ver lo que les habían dado. Sí; en aquel momento la fiesta era tanto más delicada, cuanto más toscos eran los escolares, y la ridiculez del aparato y de la declamación no amenguaba aquella delicadeza.

Pero la estropearon otra vez con un diálogo necio, alusivo á la fiesta misma, que recitaron dos niñas con ademanes de muñecas y entonación de cotorras, y por una acción de gracias á las autoridades municipales, acción de gracias que recitó un alumno, y que estaba llena de alabanzas torpemente aduladoras y de lugares comunes de los más ramplones.

Siguió á esto un canto alternado de niñas y niños «A la Patria», en el que se hicieron un lío y tuvieron que tornar al principio varias veces, hasta que, aturdidos ya y tratando de contener la voz en la garganta, sólo producían un zumbido como el de los moscardones.

Por último, en medio de un silencio profundo, se levantó el alcalde, guapo y resplandeciente, como si fuese aquella una fiesta dada en honor suyo. Habló bien. Se conocía que había aprendido su discursito de memoria. Elogió á los niños y á los maestros, á los padres y á las autoridades; aludió á sus proyectos de mejoras y renovación de los locales; se dirigió cortésmente á las señoras presentes al acto, las cuales inclinaron la cabeza sonriéndose; habló de la familia, de la civilización, de la patria, y terminó dando un viva al Rey de Italia. Todos los convidados se levantaron de sus asientos y se amontonaron en rededor del alcalde para darle la enhorabuena.—Un precioso discurso.—Una fiesta conmovedora.—Una cosa admirablemente acabada, como sabía acabarlas él solamente.

Entonces aparecieron criados y aldeanos, con refrescos, dulces y naranjas; para todos hubo, pues en esto nada había que decir; el alcalde permitía que faltasen bancos y carteles en las escuelas, pero en las fiestas echaba el resto. La salida fué una verdadera alegría, más animada por la misma confusión; Emilio aprovechó ésta para despedirse de sus superiores y de algunos otros, los cuales le devolvieron el saludo indiferentes, distraídos, sin comprender siquiera que se trataba de una despedida. Ya esperaba esto el joven; pero aún esperándolo, sintió que le mortificaba. Sobre todo, le molestó la vistosa señora gruesa, mujer del negociante en caldos, la cual, hallándole cara á cara, picada tal vez por el alejamiento brusco de la sociedad y sospechando el motivo, le dijo, sonriendo de un modo equívoco:

—¡Oh, señor maestro, que ya no se deja ver! ¿Por qué no ha recitado usted también alguna cosa bonita?

El maestro llevó su mano al sombrero sin responder una palabra, y, tragando veneno, corrió á esconderse en casa.

El pueblo estaba ya obscuro y silencioso, y Emilio se hallaba, hacía algunas horas, triste en su cuarto, cuando oyó un coro de voces alegres, entre las cuales conoció la del secretario, que le llamaban: «¡Maestro! ¡Maestro Ratti! Véngase usted acá con nosotros.» Impulsado por la curiosidad, bajó corriendo la escalera y se encontró entre varios jóvenes forasteros, casi todos estudiantes de Universidad ó de Instituto, y á alguno de los cuales conocía. Estaban de broma desde el anochecer y querían llevarsele para que con ellos bebiese la copa de despedida en la posada de la Cruz; ya habían sacado del mismo modo á otros varios de sus respectivas casas. Emilio fué, por consolar sus tristezas con el vino rancio; la cordialidad jovial de aquellos jóvenes que hacían versos á los profesores y contaban bromas chistosísimas de la vida universitaria, le ensancharon el corazón. Ninguno tenía más de veinte años; todos se lanzaban á la conquista del mundo con ideales distintos de valor, de fortuna y de gloria; pero aún no estaban contaminados del orgullo

y de la idolatría del dinero; hasta había entre ellos algunos que profesaban ideas y sentimientos de hostilidad contra las clases privilegiadas á las que pertenecían, y todos le trataban fraternalmente. Uno imitó la lectura de la «Batalla de Maclodio», de modo tal, que todos los otros reventaban de risa, á excepción del secretario, que sonrió discretamente, después de haber lanzado una mirada inquieta hacia la sala inmediata, en que había alguien. Otro pronunció un discurso imaginario del superintendente, con los ojos cerrados. Y muy pronto Emilio se rió y bromeó también. Cuando se despidió de aquellos jóvenes que, algo excitados por la bebida, multiplicaban sus saludos y le daban palmadas en la espalda, dirigiéndole augurios en latín, parecíale que se separaba de antiguos amigos.

Uno de ellos retrocedió algunos pasos sólo para decirle:

—¿Va usted á Piazzena, maestro? ¡Ah! Allí encontrará muy buenos tipos.

El secretario quedó solo con Emilio y creyó deber de cortesía acompañarle hasta su casa, y ambos, cogidos del brazo, encamináronse lentamente por las calles del pueblo, alumbradas por la luna. Cuando estuvieron en la puerta, díjole, dándole con el codo, que hablase bajo «para no molestar al enfermo».

Emilio no comprendía.

—El señor Leri,—dijo el otro.—¿No sabe usted que se ha fingido enfermo para no pronunciar discurso en la fiesta?

Efectivamente; á Ratti, que había ido á casa el señor Leri para despedirse, le había dicho la criada que su amo no estaba bien. Pero el joven había creído que el fingirse enfermo era para no distraerse de su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El trabajo al que se consagra hace muchos años y al cual dedica todas sus veladas: «la religión y la escuela».

El secretario dió algunos pasos atrás hasta apoyar la espalda en la pared, se puso las manos en los

costados y se apretó el vientre, como si temiera reventar.

—¡Ah!—exclamó al cabo. ¿Le ha dicho á usted eso? Pues bien; es el chiste mejor que se le ha ocurrido en su vida. Y seguía riendo. Pero ¿usted no sabe nada? Pues es usted el único que no lo sabe en el pueblo. El señor Leri tiene una monomanía. Es el más furioso devorador de novelas que existe sobre la haz de la tierra. Dumas, Sué, Féval, Terrail, Kock, creo que á todos los habrá leído. Está abonado á dos gabinetes de lectura; compra novelas en los puestos de libros viejos, y de vez en cuando hace un viaje á Turín para traerse más. ¡Ah! ¡No sabía usted nada! Pero ahora aún no sabe usted lo mejor. La lectora es su criada. Usted habrá visto aquella figura curiosa de notario viejo con basquiña. Es una saboyana. Cuando la tomaron, apenas sabía leer, y la han amaestrado. A fuerza de práctica, ha aprendido á leer con sentido. Tiene pulmón de hierro; leería un mes arreo sin respirar. Y todos los días hay lectura en casa. La criada á la mesa con el libro, el ama en el sofá y él, con chaleco, en la butaca, con la nuca en el respaldo, las manos en la barriga y en la boca el cigarro, desde las ocho hasta las once, todas las santas noches del año, desde hace tres lustros. Esta es cosa conocida «urbi et orbi».

Esta revelación inesperada acabó de serenar al maestro, y fué también el pensamiento que le hizo saltar bien humorado de la cama á la mañana siguiente, cuando los trallazos del cochero lo despertaron desde la calle.

Partió cuando tocaban el «Ave María»; el horizonte, velado de vapores diáfanos, anunciaba un día hermoso. Y también su porvenir, á pesar de las desilusiones de aquel primer año, presentábasele al pensamiento, como aquel horizonte á la vista.

Hallábase Emilio en aquella ciudad en que, como suele decirse del hombre: «que «sabe» que ha de morir y no lo «cree», así el joven sabe que el mundo y la vida son tristes, pero no cree verdaderamente que lo sean. Tenía delante de sí anchuroso espacio. Millares de compañeros, de niños, de padres, de autorida-